



LA BANDERA CARLISTA

DIOS.

PATRIA.

REY.

SECCION OFICIAL.

S. M. el Rey nuestro Señor (Q. D. G.) continúa sin novedad al frente de su leal y valeroso ejército.

S. M. la Reina y sus augustos hijos continúan también sin novedad en su importante salud.

REAL DECRETO.

En atención á los méritos, distinguidos servicios y demás circunstancias que concurren en mi ayudante de campo el mariscal de campo del arma de artillería, don Elicio Bériz y Roman, vengo en nombrarle mi secretario interino de Estado y del despacho de la Guerra.

Tendréislo entendido y lo comunicareis á quien corresponda.

Dado en mi cuartel real de Estella á 3 de Octubre de 1875.—Yo el Rey.

Está rubricado de la real mano.—El secretario de Estado, *Luis Mon y Velasco*.—Al secretario de Estado y del despacho de la Guerra.

ÉJERCITO REAL DEL NORTE.—COMANDANCIA GENERAL DE GUERRE.

Orden general del 12 de Octubre de 1875, en Andoain.

Convencidos nuestros enemigos de que nunca podrán arrancarnos con sus bayonetas las preciosas posiciones que con tanto ardor y entusiasmo os he visto defender, se me participa que han salido emisarios de San Sebastián con intento de comprarlas con dinero; y lleno de santa indignación por solo suponer se haya atrevido á esperar encontrasen un solo guipuzcoano que accediese á tal deshonra, espero de todos, jefes, oficiales y voluntarios, que si alguien llegara á dejar conocer sus intentos á cualquiera de vosotros, le prendereis y me lo presentareis seguidamente, para que, recibiendo el condigno castigo, le probeis que no hay oro en el mundo que pueda sobornar y hacer traidor á un español de los que militan en la santa causa de Dios, Patria y Rey.

El comandante general, *Rodríguez*.

SECCION NO OFICIAL.

ASFIXIA.

II.

¿Cómo ha llegado al palacio de Felipe V el infeliz hijo de la desventurada Isabel? ¿Cómo? Lo diremos aun otra vez. Saltando un abismo de miserias, surcando un mar de inmundicias, enlodándose el alma.

Saltó el abismo de miserias que encerraba el palacio Basilewski.

Surcó el mar de inmundicias que creó la revolución de Setiembre.

Enlodó su alma con el abrazo de los que á su madre envilecieron.

Probemos una á una estas tres aseeraciones.

No crean nuestros lectores que vayamos nosotros á copiar de *El Diario Español* aquel artículo titulado *Consideraciones*, en el que á raíz de la revolución se llenaba de lodo la frente de Doña Isabel, paseando por Europa su deshonra, y preguntando á los que lo escuchaban: «¿No se ha convencido aun esa mujer de que, aun para los mismos que están á su lado no es otra cosa que un objeto de escarnio y de desdén? Apartemos con horror la vista de quien todavía es mas repugnante en la desgracia que lo era aun en la fortuna; de quien ha llegado á perder ya por completo hasta la menor nocion de los deberes sociales.» Nosotros no podemos manchar con ese artículo nuestra pluma; no, no queremos si quiera recordar aquella desvergüenza villana con que *El Diario Español* profanaba el hogar doméstico de la hija de Fernando VII, como el inmundo rufian atropella á la mujer á quien sirve: por eso apartamos la vista de ese cuadro, y no hemos de fijarnos sino en los hechos públicos y oficiales de la augusta princesa que ciñó la corona de Castilla.

Tres son los documentos que han visto la luz pública, llevando la firma de Doña Isabel: en ellos ha descubierto sus propósitos, y ellos son los fundamentos en que apoyamos nuestro juicio para decir que en el palacio Basilewski habia un abismo de miserias que ha tenido que saltar D. Alfonso para llegar al trono.

El 30 de Setiembre de 1868 protestó Doña Isabel de Braganza en Pau contra la revolución, y declaraba:

1.º Que se propone «obrar cual cumple á su régia calidad y al deber en que se encuentra de transmitir intactos á su hijo sus derechos.»

2.º Que «la fuerza mayor á que obedece al abandonar su reino no debe perjudicar á la integridad de sus derechos.»

Y 3.º Que «no concibe, ni aun en el delirio de los mas grandes enemigos de la autoridad, la idea de que el poder público pueda conferirme con el auxilio de la fuerza material, por la influencia ciega de batallones seducidos.»

Seguian subiendo, en tanto, las inmundas aguas de la Setembrina, y al convocarse las Constituyentes, dejóse oír otra vez la voz de Doña Isabel: «Sabed, pues, todos, decía el 5 de Febrero de 1869, sabed que yo hago protesta aquí solemne y terminantemente y declaro nulo y de ningún valor cuanto se ha ejecutado y se prepara á ejecutar; y que quiero guardar incólumes mis derechos, que no han podido conculcar esos que se suponen revestidos de poderes que no les ha dado nadie.»

Así la destronada señora mantenía frente á la revolución alzada la bandera de su dinastía; así Doña Isabel recordaba aun los deberes de un monarca destronado. Pero llega el 25 de Junio de 1870, y vuélvese á oír su voz para anunciar nuevas humillaciones y mas degradantes infortunios. Oigamos sus tristes acentos.

«Azaroso y triste en muchas ocasiones ha sido el largo período de mi reinado; dice, y comienza á narrar una humillante historia de su vida política, para luego exclamar: «sabed, pues, que en virtud de un acta solemne estendida en mi residencia de París, y en presencia de los miembros de mi real familia, de los grandes, dignidades, generales y hombres públicos de España, que enumera el acta misma, he abdicado de mi real autoridad y de todos mis derechos políticos sin género alguno de violencia, y solo por mi espontánea y libérrima voluntad, trasmitiéndolos con todos los que corresponden á la corona de España, á mi muy amado hijo D. Alfonso, príncipe de Asturias.»

«Con arreglo á las leyes pátrias, me reservo todos los derechos civiles... y por tanto, conservo bajo mi

guarda y custodia á D. Alfonso mientras resida fuera de su patria y hasta que proclamado por un Gobierno y unas Cortes que representen el voto legítimo, os lo entregue, como anheló, y como alienta mi esperanza.»

«Comprenden nuestros lectores ahora todo el abismo de miserias que se encierran entre las fechas de esos tres documentos citados? Pues por si no descubrieran toda su profundidad, oigan á la prensa de aquella época.

«Sus propios errores y los ajenos arrojaron á Doña Isabel del trono: el pueblo español que le cedió la corona, se la quitó después, usando de un legítimo derecho, que nadie puede poner en duda. ¿Qué significa, pues, esa abdicación tardía, meditada dos años en la soledad del remordimiento, dictada ante la pérdida de toda ilusión, y de todo resto de esperanza? El consentimiento legal de una sentencia, contra la cual no se pide apelación, ni se pide gracia.

«En donde colocareis, pues, ese trono imaginario cedido por Doña Isabel á su hijo D. Alfonso? ¿Qué es lo que ha abdicado esa madre cariñosa en la persona de su hijo? ¿La soberanía de su despocho, y la amargura de sus remordimientos? el triste privilegio de llamarse rey de los moderados.

«La conducta de los devotos y leales servidores de la ex reina Isabel en todo este negocio, es un asombro de ingratitude é hipocresía. La perdieron cuando reina, y hoy, al exiliarse, la deshonran.»

Así se expresaba entonces *El Diario Español*, hoy periódico ministerial; y por cierto que supo reflejar el espíritu de toda la prensa liberal.

Pero aun no han concluido las miserias de Basilewski: escuchan nuestros lectores á un primo de doña Isabel que, con fecha 25 de Agosto de 1874, públicamente decía:

«Me hizo llamar la reina por el señor duque de Rianzares, para que firmara como testigo su abdicación, y le respondí que si deseaba que su hijo heredara legítimamente su trono, debía hacer esa abdicación de un modo legal, porque lo que entonces verificaba era revolucionario, y con ello esponía á su augusto hijo á consecuencias y dificultades muy graves en el terreno de la legalidad constitucional», no teniendo á mis ojos la importancia debida un papel que podía echar al fuego el día que quisiera.»

«Entonces la reina oyó mi opinión, y yo le aconsejé, antes que nadie, que sin pérdida de tiempo mandara á educar su hijo D. Alfonso á Inglaterra ó Alemania, libre de toda influencia, para que con el roce de los hombres aprendiera á ser hombre.

«Este consejo volví á repetírselo en la primera junta que se celebró en Daubille, en la que añadí que «debían ponerse término á las luchas de la real familia», porque si habían sido fatales en lo pasado, serían mas funestas en el porvenir.

«Le aconsejé que aceptada la transacción que su digno abogado, Mr. Mathieu le proponía, en pleitos gravísimos para su fortuna; pero que continuándolos iban á causarle mayores pérdidas.

«Le aconsejé que no permitiera á sus partidarios conspiraciones inútiles, y, sobre todo, que no dejara gastar en ellas ni su dinero ni el de sus amigos.

«Que no diera al duque de Sexto dos millones, que este caballero pedía se le dieran á otro personaje, que con la mejor buena fé é intención los exigía para gastos políticos, y que luego se dieran en depósito al duque de Sexto, de los cuales al cabo del año no devolví sino 80 mil francos, habiéndole gastado, sin que se sepa exactamente en qué mas de un millón setecientos mil reales.»

«Que tratara de que su hijo se educara bien y se hiciera hombre, sin estar cohibido por la presión de nadie, que desde la niñez se iría apoderando de su corazón, y que era preciso no renovar en España las épocas funestas de D. Alvaro de Luna y del Conde-Duque de Olivares.

«Que esas condescendencias le traerían fatales consecuencias en el porvenir, porque llegaría el momento en que para esplotar el hijo lo levantarían contra su madre y su padre.»

«Que ya que el cielo le había dado un hijo tan bueno, respetuoso é inteligente, y lleno de corazón, que lo aislara de los intrigantes, que siembran la discordia entre las familias, y separan los hijos de los padres para hacer su negocio.»

«Estos han sido y son mis consejos; y lo pernicioso de la influencia de que se lamenta *El Diario Español* y sus inspiradores: de ellos salen los sueltos en que unas veces se me llama *marfista*, *menesista*, *patrocínista*, *monh-alcáncista*, y, por último, se me coloca en el «cuadril» pero que tiene formado el rey D. Francisco para encadenar á su hijo, según la suposición de *El Diario Español* del 17 de Agosto.

«Y concluyo mi escrito diciendo á los alfonsistas políticos que no den con esas vergonzosas y ridículas invenciones intrigas y disensiones periodísticas, armas de los partidos extremos para combatirlos con justicia: porque si esto son en los días de la desgracia ¡qué espectáculo no ofrecerían á España en los días de su triunfo!...»

¡Vive Dios! que el cuadro está hecho de mano maestra. ¡Basilewski! ¡Basilewski! Allí en tus régios salones encerrabas un niño que necesitaba aprender á ser hombre, y que se le disputaban intrigantes que sembraban la discordia entre las familias, y separan los hijos de los padres para hacer su negocio. ¡Basilewski! ¡Basilewski! tus doradas estancias hervían en *marfistas*, *menesistas*, *patrocínistas*, *monh-alcáncistas*, y ocultaban á los ojos profanos las «conspiraciones» inútiles, las luchas de la real familia, los pleitos gravísimos entre esposos, y la explotación de un hijo contra su padre y su madre, y al aprovechamiento de un millón setecientos mil reales! Pero esto es muy háladi si se compara con el horrendo crimen que en tu recinto se cometió el 25 de Junio de 1870. ¡Basilewski! ¡Basilewski! Debes temblar de espanto si recuerdas aquella escena. Sin la corona que la arrancara la revolución, y sin la diadema de la media legitimidad, apareció tu señora lloroso el semblante, y alterado el acento, ante un puñado de españoles que iban á ser testigos de la degradación de su reina. Allí no estaba su esposo D. Francisco de Borbon; allí no estaba su hija la condesa de Girgenti; allí solo en su derredor estaba un grupo de niños que no sabían avergonzarse de oír á su madre decir que en presencia de su familia, una familia sin esposo y sin hija primogénita abdicaba en D. Alfonso, conservándole bajo su guarda y custodia, hasta que proclamado por un gobierno y unas Cortes que representen el voto legítimo, lo entregue como anhelaba, como alentaba su esperanza. ¡Dios mío, y que horrendo crimen! ¡El crimen del suicidio moral! ¡El crimen de la propia deshonra!

¡Basilewski! ¡Basilewski! ¿Cómo no recordaste á tu señora sus magníficas protestas contra el hecho revolucionario de Setiembre? ¿Cómo no la advertiste que lo que entonces verificaba era revolucionario? ¿Cómo no gritaste á su oído que «con ello esponía á su augusto hijo á consecuencias y dificultades muy graves en el terreno de la legalidad constitucional»? ¡Ah! ya sabemos que á su oído llegaron esos nobles acentos; pero es que en tu soberbio recinto, ¡oh Basilewski! moraba el demonio de la deshonra, se ocultaba el genio de la degradación. ¿Cómo sino tu señora deshonrada por la revolución pudo luego degradarse ella misma? ¿Qué madre que se hubiese visto olvidada y escarnecida por aquellos á quienes mas favoreció, que conociese por experiencia las falsedades, las ambiciones, los perjurios y la deslealtad de que por desgracia se han visto comunmente rodeados los poderosos, y ella tal vez mas que otro alguno, ¿qué madre, repetimos, consentiría en desprenderse de su hijo y en permitir que cruzase solo el embravecido mar en que había de ser combatido por los vientos desencadenados de la ambición y de la soberbia? No: esto no lo hará ninguna madre, esto no puede hacerlo; y no la hará la reina Isabel. ¡Basilewski! ¡Basilewski! ¿No te acuerdas que á ti llegaron esos acentos de un periódico moderado? ¿Por qué no los repetiste á tu señora?

¡Ah! que si hasta ti hubieran podido llegar los ecos de la verdad, podrías haber hecho oír á tu señora la voz

de la España carlista, que decía: «A España solo puede faltarle una ignominia y un quebranto. Se ha sonado que doña Isabel de Borbon, vencida por ruegos, ó seducida por promesas, se inclinaba á entregar su hijo á la revolución, para que de él hiciera un rey... No debo, no quiero creerlo. La madre, deshonrada por la revolución, entregando, en cambio de la deshonra, al hijo de sus entrañas! La revolución, después de infamar á la madre y al hijo, aceptando al hijo de manos de la madre, como limosna para vivir!... La reina católica y piadosa, de quien la revolución hizo por desgracia su bandera para atacar á la Iglesia santa, dando á esa revolución, en un niño inocente, otra bandera para consumir sus sacrilegos atentados!... ¡Oh! ¡Eso no puede ser! ¿Qué diría el mundo, si en ese mundo queda rubor?»

Pero todo fué en vano; consumióse el crimen de la degradación de dos generaciones augustas. Llegó el 28 de Diciembre de 1875, y mientras los españoles celebraban las inocentadas propias de ese día, la fuerza material, la ciega influencia de batallones seducidos, proclamaban por rey á D. Alfonso, y entonces vióse á doña Isabel de Borbon, de hinojos ante la revolución que la deshonró y que aun no le ha rehabilitado, vióse... lo que el periódico moderado *El Siglo* decía que no lo haría ninguna madre; lo que hacia preguntar horrorizado á Aparisi: ¿qué diría el mundo, si en ese mundo queda rubor?... Vióse á la hija de Fernando VII dar por buena su deshonra á trueque de una corona de fango para su hijo: vióse á éste dar por buena la deshonra de su madre y la propia, en cambio de unos juguetes de rey: vióse, en fin, á la revolución de Setiembre hacerse solidaria de la deshonra de la dinastía que destruyó, en gracia de recibir de la difamada señora, como limosna para vivir, un infeliz muchacho que, en el colegio Terciáno estaba aprendiendo á ser hombre!

¡Basilewski! ¡Basilewski! Dinos, por nuestra vida, si en tu recinto no se albergó algun leul que digera á tu señora que conservara su hijo, porque aun no habia sido proclamado por un Gobierno y unas Cortes que representen el voto legítimo de la nación: dinos si al ver aquella escena de oprobio alguien no recordó á tu señora que «el auxilio de la fuerza material, la influencia de batallones seducidos, esto es, lo que ella no podia concebir en 1868 que confiriere el poder, ese era en 1875 el título de la restauración de su hijo; dinos, en fin, si hubo alguno que por caridad ese día y en esa ocasion la dijera: «Isabel de Borbon, augusta nieta de cien reyes, ¿es así como anhelabas, es así como alentaba tu esperanza entregar tu hijo en 1870?»

¡Santo Dios! ¡Y cuánta podredumbre! ¿No es verdad que el palacio Basilewski ocultaba un abismo de inmundicias? Pues de su seno saltó al palacio de Felipe V el rey de las postrimerías de la revolución de Setiembre. Mas todo esto no basta.

Aun hemos de contemplar mas miserias.

Háse permitido *El Imparcial*, atacar el honor del general, Sr. Bértiz, nombrado Secretario de Estado y del despacho de la Guerra. Si su corresponsal Sr. Rescalvo sintiera algo de lo que sienten los caballeros, se hubiera abstenido de denigrar á una persona que no puede contestar á sus agresiones como se merecen los infamadores.

El honor del Sr. Bértiz está demasiado alto para que le pueda manchar un noticiario de alquiler, que no teniendo que escribir, se ocupa en atacar honras ajenas. Sistema liberal, sistema de cobardes.

RECTIFICACION.—En el número anterior, por un error de imprenta, en la página segunda, primera columna, se decía: «Sin tener en cuenta aquel desbordamiento de una persona sin decoro, ni propia dignidad; y como la palabra subrayada debe sustituirse por la de prensa, hacemos esta rectificación para evitar equivocaciones que harian poco favor á nuestra publicación.»

DESPACHOS TELEGRAFICOS.

Estella 8, á las 7,50 tarde.

El corresponsal al director de *El Cuartel Real*.

Ha llegado á esta ciudad S. A. R. el Duque de Parma.

Hoy se ha observado bastante movimiento de tropas, habiendo entrado en esta plaza el segundo de Navarra y cuarto de Castilla, que han desfilado marcialmente en presencia de S. M.

A las cuatro de la tarde ha salido el Rey, acompañado del Duque de Parma y general Valde-Espina, llegando hasta Dicastillo, donde S. M. ha visto los batallones quinto de Navarra y tercero de Castilla. Desde Morentin ha observado las posiciones del enemigo en Oteiza.

Todas las tropas están en el mejor estado, y la presencia del Rey las ha hecho prorumpir en vivisimas aclamaciones. Tambien ha revistado S. M. el primero de Castilla y una batería Wavascur.

CORRESPONDENCIA.

Orduña 7 de Octubre.

Sr. Director de *El Cuartel Real*.

Muy señor mío y de mi mayor aprecio: Voy á comunicar á V. uno de tantos crímenes cometidos por los defensores del desdichado niño Alfonso. Hace unos dias que llegó á esta una señora, que siendo vecina y una de las primeras propietarias de Castro-Urdiales, ha sido desterrada en calidad de carlista, sin tener en nuestras filas persona alguna por donde la ley de destierro la pueda comprender; lejos de eso, sus dos hijos se hallan establecidos en Cuba, donde hace cuatro años están con las armas en la mano. Pero está visto; lo que buscan los alfonsinos es dinero, y nada mas. El caso ha sido del modo siguiente:

Doña María Jesus del Campo, que así se llama la referida señora, viuda desde hace mas de diez años, poseía en alhajas de cinco á seis mil duros, de lo cual eran sabedores D. Pedro Navarro, vecino que fué de Orduña, y D. Juan Llorente, de Madrid. Estos, combinados con el señor gobernador, y atraídos, sin duda, por el cebo del tanto por ciento ofrecido á los delatores, hicieron yo no sé qué chanchullos, de resulta de los cuales el gobernador la dió, por gran merced, su casa por cárcel, poniendo cinco oficiales de guardia, y uno sin perderla de vista. Antes de esto, ya el 3 de Agosto habian sido embargados todos sus bienes, y el 7 de Setiembre fué expulsada, sin permitirle sacar ni un simple pañuelo.

Ausente ya, allanaron la casa, y robaron cuanto tenia; y no contentos con esto, bañaron el primero y último piso con petróleo, y dieron fuego á la casa, prohibiendo el gobernador, tanto á militares como á paisanos, apagar el fuego; así que, tuvo el gusto de verla arder por tres dias consecutivos. Además, á esta misma señora le han hecho pagar 1.500 rs. por una pareja de bueyes que un partidario habia cogido y presentado á la Junta de Cantabria, y por otra parte veinte duros

por el armamento de un prisionero que hizo á la entrada de Castro el Sr. de Navarrete.

Segun dicen los que van llegando de Castilla, el espíritu del pueblo está muy irritado, y todos arden en deseos de que cuanto antes se presenten fuerzas reales que impongan respeto á los infames alcaldes, que en la generalidad han sido peores que los mismos dictadores.

Queda de V. afectísimo seguro servidor,—F. C.

SECCION DE NOTICIAS.

Sin garantizar su autenticidad, tomamos de los periódicos liberales la siguiente carta:

«Mi querido general: Recibo tu carta del 3, en la que me pides una sumaria para justificar tu conducta en el Centro.

Lucho por la justicia, y por lo tanto accedo á tu deseo, para conservarte en el aprecio á que te has hecho acreedor por tus anteriores servicios, ó para aplicarte el peso de la ley como al último de mis vasallos.

Dios te guarde como lo desea tu rey.—Carlos.

Real de Estella 7 de Octubre de 1875.»

Con fecha 26 de Setiembre el general señor Alvarez escribe al director de *El Cuartel Real*, desmintiendo cuanto se ha dicho contra su honor y adhesión á la causa santa.

La abundancia de material nos impide publicar dicha carta, aunque no podemos menos de insertar con satisfacción sus dos últimos párrafos; que dicen así:

«Que se me presente el Sr. Castro, ó que delegue alguno de sus dignos satélites, para ofrecérme oro, y entonces se convencerá de que el general Alvarez está dispuesto á arrojárselo al rostro.

Desafío al Sr. Castro á que publique en las columnas de su prensa periódica cuando, con quién, en qué forma, por qué conducto ha contraído compromiso de ningún género con mis despreciables enemigos, ni quién de ellos se ha permitido hacerme la mas ligera proposición.»

«Quéjense los diarios liberales de que nuestros cañones bombardean á San Sebastian, hace ya quince dias, y llegan hasta decir que irritan tales actos de salvagismo. Si el bombardeo de una plaza fuerte donde se encierran numerosos batallones enemigos es un acto de salvagismo ¿cómo se llamará el de una poderosa escuadra que se entretiene un verano entero en reducir á escombros indefensos pueblos que nada hacen ni nada figuran en la posición de las líneas carlistas?

Esperamos que la lógica liberal se luzca con la respuesta á nuestra pregunta.

La *Competente* se atreve á decir que por Madrid no circula nuestro periódico. Como sus juicios nos tienen sin cuidado, por eso no se lo remitimos.

Hay unos hermanos Helguero, muy conocidos en el campo carlista por sus malas mañas, y hoy están á sueldo de Romero Robledo. Esto es público y también que van y vienen al Norte, sin duda, sirviendo de espías, lo que es bueno que se sepa para que se les imposibiliten sus manejos. Estos vividores huyeron del ejército carlista, porque habiendo sido conocidos, se les buscaba para darles el castigo que se merecen; arrimándose á la traición, para explotarla también. Con ellos están dos capellanes, el uno andaluz, llamado Perez, y el otro tortosino, llamado Carlet, que tienen el encargo especial de averiguar, cueste lo que cueste, dónde se hace y se imprime este periódico. Vigilarlos á todos mucho, pues conocidas sus artes, no llegará á ganar su sueldo sino con patrañas, á las que siempre se han reducido sus trabajos.

El Tiempo, periódico moderado, publica una carta de las provincias, en que se imputa á S. M. el

Rey un horrible crimen: esa publicación dá la medida de la hidalguía y de la conciencia del diario del conde de Toreno. Si tales católicos liberales pudieran ser capaces de sentimientos generosos, y no hubieran perdido toda noción de caballeridad, seguirían el noble ejemplo de la prensa carlista, que á pesar de ser público y notorio un suceso que está envuelto entre sangre y traición, y al cual va unido al nombre de D. Alfonso, nada ha dicho, nada ha escrito, que pueda denigrar al hijo de doña Isabel.

Hay armas que manchan la mano que las esgrime pero ciertamente, á los liberales nada les puede manchar porque su gloria es la corrupción y su emblema la deshonra.

Se dice con insistencia, que á los cabreristas solo reconocerá el Gobierno los empleos militares que tenían en el ejército republicano, antes de irse á las filas carlistas y dejando de paisanos á los que no tenían posición militar. La cosa es natural, por aquello de que se agradece la traición, pero se desprecia al traidor.

Martínez Campos ha roto el convenio que existía en Cataluña para respetar los heridos y prisioneros. Le habíamos tenido por uno de los pocos militares decentes pero hemos sido chasqucados.

Farsas y mas farsas y sigue el soborno y dilapidación para minar á nuestros hermanos; mucha vigilancia les recomendamos, porque la astucia y falsía se hallan en movimiento para destruirlos sin verlos.

La inmoralidad de la administración de Cuba llama de tal modo la atención que no viene de allí una carta que no hable de esto, citando los nombres de la primera autoridad, hasta el último funcionario público.

Esto ha dado lugar á que los periódicos de aquí anuncien la llegada de varios empleados echados allá, entre ellos D. Sixto Primo de Rivera, cuyas malas mañas son ya muy repetidas y conocidas en Ultramar y en España. Ese es el fruto de los Gobiernos desautorizados.

El procaz Caso publicó su libro; en él no hay nada que pruebe á las cartas de Cabrera publicadas por Arjona sean falsas. Lo que dice es una novela que ha aceptado, sin contar con los interesados.

Segun *La Correspondencia de España*, el gobernador de Vizcaya, Sr. Alcalá Galiano, es uno de los que con mas energía ha ejecutado las órdenes de los cargos á los carlistas.

Se comprende. Como dicho sujeto nada tiene que perder, va á ver si gana algo en el juego.

Y de seguro que habrá ganado.

El titulado capitán general de Aragón, señor Fajardo é Izquierdo, ha publicado recientemente un bando condenando á la última pena á todos los que en su distrito se levanten en armas contra el gobierno.

Miedo, miedo... y barbarie.

El día 13 tuvo lugar en Estella la inauguración de la Academia de alumnos del real cuerpo de telegrafos, que está á cargo del ilustrado jefe del mismo D. Fructuoso Mora.

La prensa alfonsina aconseja al gobierno que no admita las exenciones que como vascongados presentan los mozos de estas provincias que se hallan fuera de ellas, y que les oblige á servir en las filas del ejército.

Esto equivale á declarar suprimidos de hecho los fueros.

Entusiásmense, pues, los liberales vascongados, y hagan sacrificios para defender al gobierno de Madrid.